

Insurgencia y Revolución
Antonio José de Sucre y la Independencia de
los pueblos de América

José María Cadenas (Dir.)
Josefina Bernal
Manuel Caballero
Pedro Cunill Grau
Rosalba Méndez
Inés Quintero



UNIVERSIDAD INTERNACIONAL *de* ANDALUCIA
SEDE IBEROAMERICANA. LA RABIDA.



Universidad Central de Venezuela

Edita:



*Universidad Internacional de Andalucía
Sede Iberoamericana de La Rábida*

Colabora: *Universidad Central de Venezuela*

Colección: *«Encuentros Iberoamericanos», n° 3*

Dirección Colección: *Juan Marchena Fernández*

Secretaría Colección: *Felipe del Pozo Redondo*

Insurgencia y Revolución.

Antonio José de Sucre y la Independencia de los pueblos de América

Dirección: José María Cadenas

© *De la edición: Universidad Internacional de Andalucía.*

Sede Iberoamericana de La Rábida

© *De los capítulos: los autores correspondientes*

DL: SE-504/96

ISBN: 84-7993-013-6

Diseño y autoedición: Siviero/Rábida/Gravina16

Diseño cubierta: ARS/Sevilla

Impresión y encuadernación:

Editado en España. Printed in Spain

1ª edición: marzo de 1996

LAS TRES MUERTES DEL MARISCAL SUCRE

*Manuel Caballero, Ph. D.
Profesor titular de la Universidad Central de Venezuela*

El 4 de junio de 1830, en la montaña de Berruecos, en el camino entre Popayán y Pasto y cuando se dirigía al Ecuador, fue emboscado y muerto el general Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho. Como es normal, la noticia entristeció a sus amigos y alegró a sus enemigos; pero no tenía por qué haber sorprendido a nadie. Las condiciones de inseguridad de la zona, aunadas a las escasas escolta y armamento del viajero, podían hacer esperar cualquier cosa.

Pero el asesinato de Sucre no fue, por supuesto, un mero hecho de sangre individual. No se estaba matando a cualquiera, así fuese muy encumbrado y principal: se estaba asesinando al segundo hombre de la República de Colombia, militar y políticamente. No sólo era el héroe de Ayacucho, sino que todo el mundo lo veía como el sucesor designado del Libertador, a comenzar acaso por éste último y pese a toda la reticencia del Gran Mariscal, su proclamado deseo de retirarse a la vida privada.

En esas condiciones, lo que se estaba liquidando era menos un hombre que la estructura política y sobre todo, la posible continuidad de una república que, de haberse mantenido, hubiese llegado a ser tan grande y poderosa como también prometían serlo México y la Argentina, y acaso como los propios Estados Unidos. De hecho, siete meses des-

pués mueren al mismo tiempo el Libertador Simón Bolívar y la República de Colombia.

Es usual, en la retórica patriótica y conmemorativa, resaltar que, a los treinta y cinco años, no solamente el Mariscal Sucre moría en la flor de la edad, sino que la bala asesina había tendido en Berruecos a un hombre lleno de vida. Quién sabe si es más correcto, volteando la frase consagrada, decir que se trata de todo lo contrario, y que con el Mariscal Sucre desapareció un hombre lleno de muerte. No estamos con esto aludiendo a su condición de hombre de guerra, a quién la muerte puede visitarlo en cualquier momento, sino a su condición de actor social, es decir, histórico, que como tal conoció no una, sino tres muertes: la muerte social, la muerte política y la muerte histórica.

Lo primero se refiere a su origen social. Sucre epitomiza el suicidio de una clase como se han conocido pocas en la historia. Tal vez, más que suicidio, convendría hablar del aprendiz de brujo. Como sea, el resultado es el mismo: la clase que lanzó y dirigió inicialmente el proceso independentista, desapareció físicamente en el turbión de la guerra, muertos sus hombre y mujeres de a uno por uno.

La segunda muerte del Mariscal Sucre coincide con su muerte física: una vez retornados a la paz, quienes habían estado haciendo política en los campos de batalla, piensan, volteando la famosa frase, que la política es la continuación de la guerra. Y no por cierto por otros medios: el Mariscal Sucre muere en una acción política, o sea, de guerra.

Finalmente, una cierta manera de pensar y de escribir la historia ha llevado al Mariscal de Ayacucho a su tercera muerte, que se prolonga hasta nuestros días: la muerte histórica.

I. La muerte social

En general, tenemos una desconfianza instintiva hacia ciertas frases históricas que con frecuencia son elaboraciones posteriores de la historiografía o la leyenda. Pero la que se atribuye al general José Francisco Bermúdez, descalificando a los combatientes de España en Ayacucho porque "hasta Toñito Sucre les está ganando batallas", pudo muy bien haber sido pronunciada. Ella podría resumir una cierta rivalidad de origen social; y la tendencia de todo padre o maestro a negarse aceptar que sus hijos o discípulos hayan crecido, y mucho menos que sean capaces de superarlos, y con tanto brillo.

Los modos altivos y señoriales de Antonio José de Sucre pudieron haber sido adquiridos, o ser naturales de su carácter. Pero no podía decirse que los hubiese robado. Sin exagerar el refinamiento de la gente más principal de Cumaná a finales del siglo XVIII, se puede de todas formas constatar que, al contrario de la generalidad de los jefes militares de la independencia, el futuro Mariscal no era un hombre de origen humilde y por tanto basto en su apariencia. Su biografía parece un retrato en negativo de José Antonio Páez; y acaso de ese mismo escéptico general Bermúdez.

Mientras Páez está a los 17 años saliendo airoso de su primer lance personal, y no tiene idea de su futuro como jefe de los ejércitos ni mucho menos del país, "Toñito" Sucre tiene la formación elemental de una carrera a que lo destina su abolengo militar. Pero no es sólo eso, sino que Sucre inicia sus andanzas guerreras bajo el comando de Bermúdez.

No sólo está éste acostumbrado a verlo como un subalterno que a su normal bisonería une las manos blancas de quién nunca se las ha ensuciado con oficios viles, y la frialdad y altanería que acaso sean un simple rasgo de carácter pero que pueden ser atribuidos también al orgullo de casta típico de una sociedad como la colonial venezolana, tan puntillosa en su celo por establecer límites y marcar distancia entre los diversos estamentos de la sociedad.

Es eso lo que establece la separación, y también la burlona desconfianza de Bermúdez. No, como podría ser muy normal sospecharlo, por la corta edad del Gran Mariscal de Ayacucho, porque eso no asombra a nadie en aquellos tiempos: el propio Bermúdez se inicia en las armas ya "viejo", cuando tiene apenas veintiocho años¹.

No debe desdeñarse tampoco la posibilidad de que en tales actitudes se agregue siempre el ingrediente de las rivalidades regionales. Los orientales se sienten con derecho propio: para ellos, Bolívar será durante mucho tiempo el Libertador "de Occidente". Y Bermúdez figura entre los más tenaces en afirmar esa gloria basada en méritos propios, superado sólo por Mariño.

¿De dónde viene pues es jovenzuelo cuyas hazañas provocan la condescendiente ironía de Bermúdez?. De la más rancia y altiva oligarquía municipal, acostumbrada desde siempre a ejercer lo que el Libertador llamó la "tiranía doméstica". El Libertador, ese Simón Bolívar de

1. Cf. el *Diccionario de Historia de Venezuela*, Caracas: Fundación Polar, 1988. T. I, A-D, pp. 347.

una familia tan principal en Caracas, pero ante la cual los blasones de la casa de Sucre en Cumaná no empalidecen ni empequeñecen.

La nobleza de Antonio José de Sucre Alcalá Urbaneja y Sánchez Vallenilla, no proviene, como la de tantos presuntuosos mantuanos², del ocultamiento de unos orígenes más bien modestos. Para decirlo con una frase que seguramente se pensó si no se dijo en su momento, los Sucre no eran ningunos porquerizos ennoblecidos por sus hazañas de mataindios en el Nuevo Mundo.

Cuando sus más remotos antepasados venezolanos lleguen a Cumaná, traen ya con su cargo esa nobleza: ni los Sucre paternos ni los Alcalá maternos habían venido a "hacer América" (o como se decía entonces, a "las Indias") a la manera de un Pizarro o de un Cortés. Al desembarcar, eran ya autoridades investidas por la monarquía española.

Eso bastaba para limpiar la sangre más ennegrecida, pero en este caso, el jabón no parecía ser demasiado necesario (en el improbable caso de que tal cosa pudiese darse en la historia de un género como el humano cuya característica central es el más promiscuo mestizaje). Los heraldistas se divierten encontrando los más lejanos Sucre (con una letra suplementaria, o sea, *Succe*) en Flandes, servidores además de la Casa de Borgoña; y algunos llevan el detalle hasta informarnos que los de Succe habían sido señores de varios feudos de nombre impronunciable en el Cambresy³.

Por el lado de la madre, Antonio José de Sucre pintaba de muy azul parejas sangres, con el aditamento de que el primer abuelo Alcalá, malagueño de origen, había llegado a Cumaná ochenta años antes que el primer abuelo Sucre, cubano el suyo⁴.

Baste como remate hacer un comentario que en Venezuela tiene un ligero tono sacrílego: si hubiese sido cosa de comparar sangres, la que derramó en su parto María Magdalena de Alcalá y Sánchez Vallenilla de Sucre era mucho más limpia e incontaminada que la que manó con su

2. En la colonia venezolana llamábase así a los miembros de la aristocracia criolla, a cuyas mujeres una rigurosa y obligatoria etiqueta autorizaba exclusivamente a usar mantos.

3. Francisco Fernández de Bethencourt: *Historia genealógica y heráldica de la monarquía española*, citado por Alfonso Ruano González en "Antonio José Sucre. Ocho grandes biografías", Caracas: Presidencia de la República, 1993, T. I., p. 665.

4. *Ibidem*, Cf. también Félix Quintero: *Orígenes del Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas: Tipografía Vargas, 1920.

hijo del vientre de Doña Concepción Palacios Blanco de Bolívar. Eran, por lo demás, primos lejanos.

El joven Antonio José vivió la vida a que semejante origen lo prometía. En la segunda ciudad de la Venezuela de entonces, Cumaná, el joven mantuano recibió en su casa el tratamiento que más tarde completaría con una educación en Caracas, previsiblemente militar, como su padre y sus abuelos. Porque los Sucre eran aristócratas de sangre y de dinero: dos casas de la ciudad, la hacienda Chacacamaure (caña, alambiques y un centenar de esclavos), tierras en el golfo de Cariaco; cañaverales y sus respectivos trapiches en el valle de Bojordan. Todo eso, junto a buenas sumas de dinero contante y sonante, se calcula en 1823, ¿cuándo ya la guerra ha pasado por allí dejando sólo miseria a su paso!⁵

Por varias razones, pero sobre todo porque su familia tenía dineros suficientes para permitírselo, el adolescente Antonio José se educará en Caracas. Educación militar, en el Colegio de Ingenieros⁶. No por nada a los quince años está formando con las tropas y a los veintidós en Guayana ya es coronel: completará con sus propios méritos guerreros ese inicial tratamiento de favor que le viene por la sangre.

Todo lo anterior no es la habitual compilación de noblezas que se encuentra en cualquier biografía que busca, en el seno de la tierra, la marca de un destino excepcional. Nuestro propósito al recordarlo es dar la medida del suicidio social de Antonio José de Sucre y de toda su estirpe. Entre esta parte de su biografía y lo que sigue, todo en incendios, sangre y honores, media una gran ilusión, que el hijo de una familia tan principal de Cumaná debió acoger a los quince años con el entusiasmo de su origen, con la perspectiva de su domicilio, y acaso también en menor grado por la extendida moda de las "ideas francesas": el 19 de abril de 1810.

Esa es posiblemente una de las fechas más confusas de la historia, y en todo caso muy seguramente de la venezolana. Tanto, que en ese día se proclama la fidelidad a un rey, cuando la mayoría de quienes han conspirado para que ese suceso de produzca, verían con simpatía la instauración de una república, si es que no son republicanos declarados y radicales. Frente a quienes vienen como emisarios para que se reconozca a las nuevas autoridades españolas, se le opondrán revolucionarios

5. *Ibidem*, p. 667.

6. Graterol Tellería, Angel: *Sucre: de Teniente de Ingenieros a Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas: Icopar, 1995, p.16.

muy afrancesados que no tienen empacho en pretenderse más españoles que los peninsulares.

Y así: si en Venezuela hubiese perdurado la tendencia monárquica, hoy sería corriente celebrar el 19 de abril como la fiesta de la monarquía; en cambio, se la conmemora como la fecha auroral de la república⁷.

Como individuo, Sucre es demasiado joven para haber participado en esos afanes. Pero socialmente no lo es: esa fecha señala la voluntad de poder de la oligarquía municipal caraqueña; también lo será de su tierra natal Cumaná, la cual se adhiere al movimiento de la ciudad más importante del territorio. Y la prueba es que cuando el destino individual y el social se confundan, o sea, cuando estalle la guerra, el muy joven Antonio José, ese "Toñito" que sus camaradas de armas verán por encima del hombro, no lo hará por escogencia de una voluntad ya tendida a buscar su puesto en la historia, sino por imposición de su rango social.

Al formarse el gobierno regional aún antes de haberse declarado la independencia en julio de 1811, no se puede decir que sea su clase la que se eleva al poder, porque eso sería diluir demasiado su origen social, y en todo caso no le resultarían tan claros su escogencia ni sus deberes. Quienes llegan al poder en Cumaná son los Sucre y los Alcalá, en las personas de Francisco Javier Alcalá y de su propio padre, Vicente Sucre, quién comparte con otro Alcalá, José Leonardo, y un sacerdote, la presidencia del ejecutivo⁸.

Sucre es incorporado como oficial de las Milicias Regladas⁹, o sea, que sin haber pasado por la base de la pirámide, ya le toca mandar. Y no a todos, sino a sus pares sociales: en esas milicias se admitían a todos los blancos y nada más que ellos. Eso sí: todo el que pudiese portar un arma, de quince a cuarenticinco años, con ciertos oficios exceptuados. El rango de oficial no llegaba entonces por méritos militares ni académicos, sino como signo de principalidad social. Antonio José va con el cuerpo de Ingenieros; ya sería demasiado que lo hiciese con el de Caballería, donde su padre es el comandante.

Pero no en vano se habla de la muerte como "la Gran Igualadora"; y por supuesto, otro tanto se puede decir de la mayor productora de muerte en la historia del hombre, la guerra. Todas esas distinciones y

7. Se ha señalado esa fecha como la de "crisis de la conciencia monárquica". Conciencia que era indisoluble de otra, la cristiana católica. Eso puede explicar en gran parte la adhesión fervorosa del bajo pueblo a la monarquía. Carrera Damas, Germán: *Jornadas de historia crítica*, Caracas: EBUCV, 1983, pp. 149-154.

8. Rumazo: *Ob. Cit.*, pp. 673-674.

muestras de principalidad van a ser borradas en el turbión guerrero, y los grados superiores de su carrera militar habrá de ganárselos el joven Antonio José sudando plomo y chorreando sangre.

Eso se puede decir de cualquier guerra; pero es que la venezolana no será cualquiera, sino que se convertirá en una guerra civil, y peor que eso, una guerra social, entre clases irreconciliables. Si ella no hubiese aparecido, el joven Sucre, como el joven Bolívar de Caracas, no hubiesen pasado de ser eso, herederos satisfechos de su vieja nobleza y su nuevo poder, esperando que el tiempo les concediese el relevo generacional, y pasasen a sustituir a sus mayores en la dirección de la tranquila sociedad.

Pero la historia intervino con sus ironías, con sus paradojas. En mayo de 1808, el pueblo llano de Madrid se hacía masacrar al grito de "¡vivan las caenas!" por quienes pretendían traer la libertad en la punta de las bayonetas francesas. De igual manera, los pueblos de Venezuela se alzaron contra esos afrancesados aristócratas que en el fondo querían la república y la libertad; y prefirieron irse tras las banderas de caudillos que juraban por Dios y por el Rey Fernando VII.

No pretendemos narrar lo sucedido. Tampoco nos vamos a detener demasiado en la aniquilación de la familia Sucre. Bástenos una breve relación: el hermano Pedro muere en la guerra; la hermana Magdalena prefiere suicidarse antes que ser violentada por la horda que invadió su casa; el hermano Vicente es degollado en su cama del hospital; su madrastra y sus dos hermanas son descubiertas en su escondite, humilladas, ofendidas y desterradas¹⁰.

Pero eso es normal en toda guerra. Incluso lo es la pavorosa descripción que el Obispo Coll y Prat hace a finales de 1813: el hurto, la rapiña, los asesinatos, los incendios y devastaciones, las vírgenes estu-pradas, el llanto de la viudas y el huérfano, hasta la más "limpia" de las guerras (¡cómo si pudiese haber una sola que lo fuese!) contiene esos cuadros de horror y de miseria¹¹.

Lo que queremos destacar es otra cosa, y es lo que tan bien retrata una desolada carta bien conocida del propio Libertador a su tío Esteban Palacios al saberlo de regreso a Caracas en julio de 1825:

9. Landaeta Rosales, Manuel y Otros: "Hoja de servicios del Gran Mariscal de Ayacucho", en A. Chiriboga N.: *Fuerzas morales en el Ejército*. Quito, 1932, p. 100.

10. Rumazo: *Ob. Cit.*, pp. 699-700.

11. Rumazo: "Simón Bolívar", en *Ocho...* T. I, p. 126.

“Vd dejó una dilatada y hermosa familia; ella ha sido segada por una hoz sanguinaria; Vd. dejó una patria naciente (...); y Vd. lo encuentra todo en escombros... todo en memorias... Vd. se preguntará a sí mismo: ¿dónde están mis padres, dónde mis hermanos, dónde mis sobrinos?... Los más felices fueron sepultados bajo el asilo de sus mansiones domésticas; y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre. (...) ¿Dónde está Caracas? (...) Caracas no existe;...”¹²

No es la desolación de la guerra, sino que ella trajo como consecuencia la muerte del aprendiz de brujo. Es un caso con pocos semejantes en la historia: la desaparición entera de una clase social. Se trata de algo diferente a la pérdida del poder, como la aristocracia francesa, o de la abolición de la esclavitud en Venezuela o en otras parte. Hablamos de la desaparición física: la guerra aniquiló uno por uno a los nobles criollos que la habían desatado con la independencia. De modo que cuando el Libertador regrese a su vez a Caracas en 1828, es un cuerpo extraño en una sociedad donde ni el aire es el mismo que respiró en el primer cuarto de siglo de su vida.

Pero el Libertador tenía esos dones, ese particular carisma que provocaba la adoración de sus soldados y del hombre de la calle. Sucre, en cambio, era aristócrata: frío, distante, cerebral. Por mucho que sus galones los hubiese ganado derrochando coraje, se le vería siempre como privilegiado de la fortuna. Sucre fue desde sus inicios ese cuerpo extraño en una sociedad donde las pulsiones igualitarias llevaron a donde llevaron a una sociedad que, como ninguna, conoció entonces la aniquilación. Un cuerpo extraño también a la política, en la cual vivió a disgusto y en la cual murió en un combate ajeno.

II. La muerte política

¿Es un combate ajeno? Todos conocemos el refrán caro a algunos revolucionarios asiáticos: el que cabalga un tigre no puede desmontar, porque el animal lo devorará. O si se prefiere una frase más clásica, más occidental, recordemos aquella famosa “Ley de Saturno” según la cual toda revolución está condenada a devorar a sus propios hijos. El mariscal Sucre, no sólo era hijo de la revolución, sino que, predilecto, lo era

12. Bolívar, Simón: *Fundamental*, Caracas: Monte Avila, 1993. T. I, p. 353.

también del reconocido padre de la misma, y por lo tanto amado y detestado en la misma medida en que lo era éste, Simón Bolívar, el Libertador-Presidente, su título oficial desde que en 1828 asumió la dictadura.

Pero en 1830, cargado de glorias y de títulos, habiendo conocido hasta el límite los horrores de la guerra y la soledad del poder, a los treinta y cinco años el joven mariscal se siente cansado; desear de conocer la compañía y la paz del hogar que nunca ha tenido. En una palabra, quiere desmontar el tigre que viene cabalgando desde hace veinte años; y fatalmente, será devorado.

Para decirlo como Gabriel García Márquez, la suya fue una muerte anunciada. A todo hombre de poder, cuanto más si ha llegado a él por la fuerza de las armas, le espera siempre el puñal de Bruto; y siempre con el mismo pretexto, válido o no: el tiranicidio.

Cuando en junio de 1830 cae el Mariscal Sucre en Berruecos, ya había sobrevivido a tres intentos de quitarle la vida. El primero tal vez no deba contarse como tal, porque no llegó a tener siquiera un comienzo de ejecución. En 1825, vencedor en Ayacucho y asegurado con eso un prestigio militar, político e histórico superado tan sólo por el de Simón Bolívar, el Mariscal Sucre se ocupaba de culminar la limpieza de la nueva república de Bolivia de los restos del ejército realista, fuertes todavía en la región de Oruro.

Su contradictorio aunque empecinado adversario, el caudillo español general Pedro Antonio Olañeta, trama una conjura para quitarle la vida haciéndole envenenar el café; pero quién se presta para servir de brazo ejecutor, un aventurero suizo llamado Pablo Eclés, no tiene más principios para emprender la tarea, ni más valor que llevarla a término que el de un mercenario simple.

Al no encontrar cómplices, se acobarda, se entrega a la autoridad y confiesa todos sus pecados y cuantos más quieran atribuirsele, amén sobre todo de varias cartas que comprometen al general Olañeta en el frustrado magnicidio. Eclés se siente muy bien librado con una pena de destierro y algunas monedas para el viaje deslizadas en su bolsa por el mismo mariscal salvado de su puñal: grandezas de vencedor. Por su parte, Olañeta murió uno quince días más tarde, si no por orden de Sucre, al menos con su autorización¹³.

13. "Casi no me resuelvo a creer la comisión del capitán Eclés para envenenarme, no obstante que hay bastantes comprobantes en la causa que se está siguiendo. Como va resultando tan cierto este atentado tan péfido y traidor, pienso declarar

El segundo atentado, también en 1825, no tiene, al parecer, origen ni implicaciones políticas. Apenas designado Sucre para el mando supremo de Bolivia, o sea, en la cúspide de su gloria y de su aceptación general como ciudadano boliviano y como padre de la patria, un comandante de nombre Valentín Morales Matos intenta apuñalarlo en su lecho, para cobrarle agravios de una lenta y quisquillosa burocracia militar¹⁴.

El tercer atentado, el 18 de abril de 1828, será mucho más grave: el mariscal será herido y desde entonces perderá movilidad su brazo derecho (el de la espada, como hubiese dicho Don Quijote). Aquí ya no es más una artera treta de su adversario guerrero, sino la intriga tradicional de todo poder (tampoco parece haber estado ausente el ingrediente personal: joven, buenmozo y cargado de glorias guerreras, Sucre era, como su paisano, primo y jefe de Simón Bolívar, un hombre de bragueta agresiva).

El Mariscal de Ayacucho no sólo es el creador de una nueva república que, con dos provincias argentinas y dos provincias peruanas se llamará desde entonces Bolivia; no solamente se ha dado su nombre a la capital del nuevo estado, hasta entonces Chuquisaca, sino que además se la ha conferido el poder supremo para aplicar una constitución impuesta por él mismo para seguir una idea del Libertador. Pero ya ha llegado el fin de su *état de grâce* con el país que fundó. No se le acusa de mal gobierno, ni de nada preciso en contra de su gestión, sino tan sólo de algo contra lo que él nada puede, porque es verdad: se le acusa de ser "extranjero".

Lo acusan algunos sectores de la nueva república, pero sobre todo se le detesta en Perú. Y ello por varias razones: es, junto al Libertador, representante de un pensamiento republicano insoportable para quienes, entre la oligarquía peruana, desearían un rey "americano" a la brasileña, ya que no se podía conservar el dominio de la corona española; es jefe de un ejército extranjero, el de Colombia; y sobre todo, se le puede acusar de haber arrancado al Perú dos de sus provincias (llamadas por algo "Alto Perú" aunque detestasen el dominio de Lima) para constituir la república de Bolivia.

fuera de la ley a Olañeta y a sus cómplices en este asesinato, si queda justificado el hecho, y ofrecer las propiedades de Olañeta al que lo mate", en "Sucre al Señor Ministro de la Guerra del Perú", 18 de marzo de 1825. Lecuna, Vicente: *Documentos referentes a la creación de Bolivia*, Caracas: Italgáfica, 1995, T. I. pp. 134-135.

14. Villanueva, Laureano: *Vida de Don Antonio José de Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*. Caracas: Presidencia de la República, 1995, p. 15.

Por supuesto, tampoco deben haber estado ausentes, para alimentar esa inquina, los desafueros de toda tropa, más si es extranjera, así como al carácter rígido, distante y a veces irascible del propio Mariscal. Dos de los conjurados que atentarán esta vez contra su vida le guardan también viejos agravios: el general Santa Cruz y el general Gamarra, éste último sin poder tragar todavía el insulto de no haber sido mencionado por Sucre en el parte de la victoria de Ayacucho.

En noviembre de 1826, se sublevó el regimiento “Granaderos de Colombia”, acantonado en Cochabamba, y se introduce en territorio argentino, donde es contenido y su jefe, un oficial de apellido Matute (antiguo lancero de Boves pasado a las filas republicanas¹⁵) fusilado. ¿La causa del motín?: ni ellos mismos son capaces de decirlo. Es el relajamiento de la disciplina corriente en todos los cuerpos militares acostumbrados a campañas incesantes, cuya disciplina y cuya moral se distienden en el aburrimiento de la paz. También en La Paz se insurrecciona otro cuerpo colombiano, el llamado “Voltijeros” de la Guardia de Honor del Libertador, quién indignado por su mal comportamiento procede personalmente a disolverlo.

Aún si eso no hubiese sido así, aún si aquellos alborotados y levantiscos soldados de Colombia, endurecidos por veinte años de guerra, se hubiesen comportado como ángeles caídos del paraíso, de todas formas, nada hay más fácil e inmediato que despertar odios insalvables contra el extranjero, contra el “otro”, por muy eminente que fuese: ¡pero si hasta en Venezuela misma, se llegó a prohibir en 1830 la entrada del Libertador Simón Bolívar y del Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre por considerarlos representantes de un gobierno y de un país extranjero, por considerarlos de hecho “extranjeros”!

En Perú ha arreciado así la campaña contra Sucre. Después de que el Mariscal anunciara su intención de abandonar el poder y el territorio boliviano en 1828, un clérigo de nombre Larriva publica en *El Heraldo* de Lima una cuarteta reveladora de aquel estado de ánimo.

*Sucre el año veintiocho
irse a su patria promete
¡Como permitiera Dios
que se fuera el veintisiete!*¹⁶

15. Dato proporcionado por el historiador Mayor Fernando Falcón, en comunicación personal.

16. Rumazo, *Ob. Cit.*, p. 901.

Esta vez, las motivaciones políticas son más importantes o en todo caso más visibles: se trata de un complot que combinan el general Agustín Gamarra, quién cerca de la frontera peruana tenía acantonados cuatro mil hombres para entrar en Bolivia, y el doctor Casimiro Olañeta, pariente del general español del primer atentado, pero que era un personaje muy importante en la nueva república.

Este Olañeta pasaba por ser consejero de Sucre, de quién había hecho el elocuentísimo elogio público al ser elevado el Mariscal de Ayacucho al mando supremo de la recién creada Bolivia. Fue pues un intento de magnicidio ligada a una revolución para cambiar el gobierno y acaso también la condición de república independiente de Bolivia. No fue, como los otros atentados, algo fraguado y develado cuando el mariscal descansaba, sino que éste tuvo tiempo para enfrentarlo, y es cuando entra a caballo al cuartel que le recibe una descarga cerrada: una bala le atraviesa el hombro derecho, otra le perfora el sombrero, hiriéndole levemente en la cabeza. Finalmente, los conjurados fracasan.

Aquí también sería tentador hablar de "tres muertes" del mariscal Sucre previas a la definitiva, si no fuese porque hubo un cuarto atentado, que sucedió en cinco meses al anterior, y precedió en algo más de dos años al suyo final, y que aparte del dolor que manifiestamente le causó, indicaba a las claras que los aspirantes a asesinos no se detendrían ante nada, y que además contaban con poderosas complicidades: el atentado del 25 de septiembre de 1828 contra la vida del Libertador-Presidente.

Como es bien sabido, el vicepresidente Francisco de Paula Santander fue condenado a muerte por sospechase su autoría intelectual, pena conmutada por la destierro: pocos años más tarde, ya muerta Colombia, fue elevado a la presidencia de su país¹⁷.

Finalmente, Berruecos, el asesinato, el cuatro de junio de 1830, del Mariscal de Ayacucho, su muerte física y, dados los tiempos, natural.

17. Para uno de los más destacados historiadores venezolanos del siglo XX, "Es injusta la severidad con que algunos historiadores, sobre todo los venezolanos Baralt y Larrazábal, juzgan siempre al presidente de Colombia. Estadista eminente, correcto administrador, patriota en toda ocasión, la violencia de sus pasiones y la ambición de continuar en el poder -fácilmente explicable por el convencimiento que tenía de ser superior a muchos de los otros prohombres colombianos- le arrastraron hasta la pretensión, extremada es cierto, de sustituir prematuramente su hábil y culto entendimiento al genio de Bolívar; pero lo intentó, en todo caso, por los medios habituales de la intriga política, sin manchar nunca su conciencia ni su nombre con la sangre del crimen". Gil Fortoul, José: "Historia Constitucional de Venezuela", *Obras Completas*, Caracas: Ministerio de Educación, 1953, T. I, p. 641.

Llamamos aquí a ésta muerte política, pero no sería demasiado exagerado hablar de su muerte "a manos de la política". Desde hace tiempo, como se ha dicho varias veces, el Mariscal quiere colgar su espada en la panoplia familiar, y desde siempre ha manifestado aborrecer las cargas políticas, que sólo ha aceptado por un acendrado sentido del deber.

En verdad, escuchamos eso tan a menudo en labios de tantos enamorados del poder, que siempre cuesta creer que quién lo dice, esté hablando sinceramente. En todo caso, nadie quiere creérselo en su momento al vencedor de Ayacucho; pero su empeño en ir al encuentro de las balas, recorriendo el camino más peligroso para llegar a casa, a menos de ser atribuido a un empeño suicida, parecen revelar que era sincero en su deseo de pasar a la vida privada.

Más que eso, que se había desentendido de su condición de hombre público al punto de creer que sus enemigos aceptarían su palabra como buena, y no tratarían de atentarse contra un ciudadano si no completamente inerte, por lo menos sin la escolta y las precauciones que le correspondían tomar a un hombre no sólo de su muy elevada investidura, sino que no podía ignorar las amenazas contra su vida, puestas en ejecución en las ocasiones anteriores, y atravesando un territorio enemigo... "donde tenía enemigos por la guerra de destrucción que había hecho a los Pastusos en 1822 y 1823"¹⁸.

No vamos a entrar en el detalle de la muerte de Sucre, objeto de una profusa literatura¹⁹, sino en las circunstancias políticas que la rodean. Antes que nada, es la época en que la República de Colombia, creada prácticamente ex nihilo por el Libertador en Angostura en 1819, se hunda arrastrada por el peso de los particularismos nacionales y, con la venida de la paz, de la dispersión del poder de los libertadores.

Nacida en aquel año un 17 de diciembre (día en que el Congreso dictó la Ley Fundamental de Colombia para reunir en una república así llamada a Venezuela, Nueva Granada y Quito), no sobrevivirá a la muerte de su creador otro 17 de diciembre, en 1830.

18. Restrepo, José Manuel: *Historia de la Revolución de Colombia*, Medellín: Editorial Bedout, 1970, T. VI, p. 360.

19. Citaremos apenas dos libros, escritos a más de un siglo de distancia el uno del otro. El primero, es el del historiador ecuatoriano Antonio José de Irisarri, *Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas: Almacén de José María Rojas, 1846. Y el del venezolano Francisco de Paula Aristeguieta, *Grano de arena: alrededor del crimen de Berruecos*, Caracas: Banco del Caribe, 1974.

El proceso de la muerte de Colombia será relativamente largo y, durante ese año, especialmente doloroso. Se convoca a un Congreso para decidir la suerte (en verdad la disolución) de la república trinacional, y Sucre es electo su presidente. Con eso, el Gran Mariscal para a ser la segunda persona del Estado después del Libertador, y como es normal, el objeto de los mismos odios que éste acumulaba en su contra. Sucre significaba así la concentración del poder y su centralización, frente a las tendencias federativas, doctrinales y de hecho en aquel Estado inviable. Sucre era la gloria militar, siempre sospechada por los civiles de esconder en su morral un cetro imperial bonapartiano. Por el otro lado, y muy contradictoriamente, significaba, sobre todo en Venezuela, el principal obstáculo a la "oligarquía militar". Sucre representaba, como todo hombre en el poder, la conservación del mismo: era, con Bolívar, el jefe del partido conservador.

Sus adversarios podían jugar con las palabras llamándose ellos mismos liberales, jugada que facilitaba la dictadura de Bolívar y su acercamiento al clero, ese pilar del *Ancien Régime*. No era poca cosa, en efecto, el viraje del antiguo jacobino, volteriano y masón: hace reabrir los conventos menores que una ley anterior había cerrado; y se les permite volver a reclutar novicios de menos de veinticinco años; restablece además en el ejército los vicariatos generales y capellanías. Por otra parte, eleva el ejército permanente de 9.800 hombres a 40.000, volviendo a poner en vigor los fueros militares de la legislación española de 1768. Lo peor de todo, lo más insoportable a los liberales radicales, no solamente incorpora el arzobispo de Bogotá al Consejo de Estado, sino que proclama que el gobierno sostendrá y protegerá la religión católica, apostólica y romana como la religión de los colombianos.

No en vano Gil Fortoul asienta que para la revolución americana - intelectual, social, política- Bolívar no murió en 1830, sino con su dictadura de 1828²⁰; no en vano, cundía la sospecha de que quisiese ceñir la corona imperial. No en vano, tampoco, a partir de entonces se consideró a Bolívar como el fundador del partido conservador colombiano; y a su Vicepresidente y enemigo Santander otro tanto del partido liberal. Pero sería errado concluir de una manera tan tajante como lo quiere siempre la política. Sería errado pensar que todo aquello tenía la claridad ideológica que aquellas dos designaciones ("liberal" y "conservador") hacen suponer. Es así como andando el tiempo, a los amigos de Bolívar se les llamó liberales en Venezuela y "godos" (otra manera de aludir a los "conservadores") a sus enemigos.

20. Gil Fortoul: *Ob. Cit.*, p. 642.

Pero en el momento de la secesión todos estaban unidos; y unidos en su rechazo al dominio bolivariano, o sea bogotano. Y tanto que, por eso, el teórico del liberalismo Tomás Landes llamó después a Venezuela (él mismo incluido) "una sociedad de cómplices".

Recién electo presidente de ese Congreso que Bolívar calificó de "admirable" (razón de más para su rechazo por sus enemigos), Sucre debe abandonarlo para ir a Venezuela en son de paz, a tratar con Páez para evitar el desmembramiento de Colombia. Esfuerzo inútil: apenas ha entrado en territorio venezolano, debe volver grupas: el cumanés es expulsado de su propio país natal, por ser representante de un gobierno que ya se ha comenzado a considerar extranjero.

Regresa a Bogotá cargando sobre sus hombros el peso de esa derrota política, él, acostumbrado a las victorias militares. Ahora sí, su decisión es firme: regresará a Quito, donde lo esperan su joven esposa, Mariana Carcelén, Marquesa de Solanda, y su pequeña hija Teresa. Para hacerlo, escoge ir por tierra y no por mar, debiendo por tanto atravesar la provincia de Pasto. Esta era una región particularmente peligrosa por varias razones.

En primer lugar, fue una de las más recalcitrantes partidarias de la monarquía española, una especie de Vendée colombiana. En segundo lugar, como se ha dicho antes, las tropas del general Sucre habían actuado con fuerza y severidad en la región, lo cual, como siempre, deja huellas de odio largamente rumiadas. En tercer lugar, y esto al final parece haber sido lo peor, esa zona estaba controlada militar y políticamente por el general José María Obando, un furibundo santanderista que, por supuesto, estaba en ascuas después del fracaso del atentado "septembrino" contra el Libertador-Presidente.

El mariscal Sucre es asesinado entonces al atravesar una montaña llamada Berruecos, con escasa escolta pese a las advertencias de sus amigos y algunos lugareños. El acto mismo está lleno de oscuridades, no las normales en toda acción de ese tipo, sino por toda la maraña que la historia política posterior acumuló sobre el asunto.

Los actores del hecho, José Erazo y Apolinar Morillo (quién fue condenado y fusilado por haber disparado el arma que segó la vida del Gran Mariscal) confesaron algún tiempo después que lo habían hecho instigados por el general José María Obando²¹.

21. Cf. los documentos del proceso del coronel Apolinar Morillo en 1839. En L. Villanueva: *Ob. Cit.*, pp. 241-244.

Este, a su vez, intentó echar las culpas sobre el general venezolano Juan José Flores, futuro dictador de Ecuador, quien podía ver en Sucre un obstáculo si no un rival para su proyecto de separar el Ecuador de la gran república y acceder al mando supremo de aquella pequeña nación²².

Señalar a Obando era señalar a su jefe Santander (aún cuando no pudiese probarse haberlo hecho directamente), y en todo caso a sus amigos "septembristas" que no sólo se activaban en Bogotá, sino que según el testimonio de uno de los implicados, si no en el atentado, sí en el seguimiento del itinerario de Sucre (el posta privado José María Elizalde) despacharon correos para anunciar a sus enemigos el paso de Sucre por las regiones que ellos controlaban, sobre todo José Hilario López y Obando. El propio Obando llegó a ser veinte años más tarde no solamente Presidente de la República neogranadina, sino también uno de los más consecuentes en la aplicación del programa liberal, sobre todo en lo concerniente a la separación de la Iglesia y el Estado²³.

Nada más fácil que atribuir a odio político toda acusación hecha en este sentido o en cualquier otro contra un gobernante. Con mucha sensatez, José Gil Fortoul aconseja no tomar al pie de la letra las acusaciones contra Obando, buena parte de las cuales fueron hechas en 1842, interviniendo allí "pasiones de política local"²⁴.

Lo contrario tampoco puede ser negado tajantemente. *El Demócrata*, un periódico de Bogotá adicto a los radicales santanderistas, imprimió el primero de junio, esto es, tres días antes del atentado: "Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos (el 25 de septiembre) con Bolívar"²⁵.

Todo eso da una idea de cuán profundamente hundido en la polémica se presenta siempre el asesinato del mariscal Sucre, cuán profundamente se hunde en la polémica todo magnicidio: ¡si con todos los recursos de la policía más rica y adelantada del mundo todavía se anda en los EEUU a tientas tratando de descubrir la verdad sobre el asesinato de Kennedy!

22. Esta ha sido después una versión muy popular en Colombia: el asesinato se volvía así "cosas de venezolanos" (el brazo ejecutor, Apolinar Morillo, había nacido también en Venezuela). Cf. Luis Martínez Delgado: *Berruecos: asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho ordenado por Juan José Flores*, Medellín: Edit. Bedout, 1973.

23. Ocampo López, Javier: *Breve historia de Colombia*, Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1989, p. 238.

24. *Ibidem*, p. 695.

25. Restrepo: *Ob. Cit.*, p. 365.

La política a cuyas manos murió el mariscal Sucre, esa que los franceses llaman con desprecio la politique politicienne, remató de manera macabra, casi medio siglo más tarde, todo el episodio de Berruecos. En 1876, el General Antonio Guzmán Blanco, presidente de Venezuela, encomendó a un amigo suyo reclamar a Ecuador las cenizas del Gran Mariscal de Ayacucho que estaban en la catedral de Quito, para enterrarlas en Caracas en el Panteón Nacional, al lado del Libertador.

Pero el tiempo y el clima ecuatorial habían hecho de las suyas, y de los despojos de Sucre no quedaba nada que pudiese probar que aquellas cenizas lo fuesen: Mateo Guerra Marcano, el comisionado de Guzmán, regresó a Venezuela con las manos vacías.

Hasta aquí, todo esto es muy normal. Pero comenzó un macabro combate sobre las cenizas del mariscal. Por una parte, en la intención del gobernante venezolano, como en la correspondencia sobre el asunto, y como por lo demás en todo el despliegue de adoración al Libertador que él propició, estaba presente por encima de todo una preocupación de legitimación política, la construcción del pedestal para las estatuas del propio Guzmán²⁶.

Pero no fue sólo eso. Con una intención parecida, en Ecuador hubo quién vio, no sin razón²⁷, en las comunicaciones del gobierno venezolano, una cierta culpabilización de los ecuatorianos, cuyo descuido habría hecho perder la huella del precioso cadáver. Y aquí ardió Troya: los venezolanos debían recordar que, en el tiempo en que eso sucedía, gobernaba en Ecuador un venezolano, el general Juan José Flores. Y que el ejecutor de Sucre en Berruecos era igualmente venezolano²⁸. Todo lo cual revela que, apenas muertos los libertadores, la construcción de su culto tenía tanto (si no menos) de admiración por una obra portentosa que de maniobra de legitimación política.

26. "Triste es, sin duda (la pérdida de los despojos de Sucre), pero en nada amengua el honor que discernirá el mundo al Gobierno que quiso reivindicar aquel tesoro de gloria que pertenecía a la patria...". Mateo Guerra Marcano en: José Félix Blanco y Ramón Azpúrua: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, Caracas: Imprenta La Opción Nacional, 1876, T. XIV, p. 270.

27. Guerra Marcano dice que esas cenizas no las "...supo guardar el pueblo que las poseyó", *Ibidem*.

28. *Ibidem*, p. 276.

III. LA MUERTE HISTORICA

La pérdida de las cenizas del Gran Mariscal de Ayacucho no es sino un aspecto, si se quiere menor, de lo que puede llamarse con toda su propiedad su "muerte histórica". Ella contiene dos vertientes. Por una parte, se le infla como leyenda, transformándolo, de un ser de carne y hueso que vivió entre 1795 y 1830, en una figura bíblica. Por la otra, y en el extremo diametralmente opuesto, se le disminuye como figura histórica de méritos propios. En ambos casos, la fuente, voluntaria o no, es el Libertador Simón Bolívar.

Al recibir la noticia del asesinato de Sucre, relata un testigo presencial, el Libertador entra en un estado de grande agitación. Está mortalmente enfermo (morirá siete meses después) y la fiebre es una cotidiana advertencia. No solamente política, sino acaso también humanamente, ha vuelto a la religión de sus mayores.

Pero no es sólo eso: en el universo de su cultura, de nuestra cultura, las comparaciones más a mano provienen de la Biblia, y todos los crímenes remiten al Génesis, el fratricidio, a Caín y Abel. La leyenda convierte la comparación, banal en un judeo-cristiano, en una frase histórica y por tal ampulosa: "Ha muerto el Abel de Colombia". Ya sabemos el resto de la historia, no por el conocimiento de lo sucedido con Sucre, sino de lo sucedido con Caín: arrastrará por siempre la culpa de haber matado a su hermano, y se le nombrará para aborrecerlo cada vez que un hombre mate a otro hombre. En el odio de la gente, hará pareja, más tarde, sólo con Judas Iscariote. Consagrado así como el Abel de Colombia, se hace prácticamente imposible tratarlo, y comprenderlo, como figura histórica, esto es, como un hombre producto y productor de su tiempo. Con la sombra del fratricidio cubriendo su memoria, lo que se busca es la condenación eterna de quienes lo ajusticiaron, pero tal vez y sobre todo de aquellos que, con razón o sin ella, se consideran los herederos de Caín, los cuales, casualmente, son siempre los adversarios de quien los acusa. De hecho, como se dijo entonces, José María Obando es el autor intelectual inmediato del crimen. Obando es liberal, santanderista, y como tal llega a ser, veinte años más tarde, presidente de la república (será derrocado un año después).

En todo eso hay por lo menos dos elementos a analizar. Uno es el crimen propiamente dicho. Sobre el mismo se puede hacer un estudio jurídico, y de hecho ha sido visto así, generalmente con la condenación de Obando²⁹. Se trataría de un estudio puramente erudito, pues a Oban-

29. Pérez y Soto, Juan Bautista: *El crimen de Berruecos: asesinato de Antonio*

do no lo alcanzó la justicia humana, al menos por ese crimen: todo lo contrario.

El otro aspecto es la significación política y a partir de allí la significación histórica del crimen de Berruecos. El crimen de Obando el liberal se puede volver muy fácilmente el crimen de los liberales; tanto más cuanto que Santander fue acusado y condenado por la autoría intelectual del atentado del 25 de septiembre contra el Libertador.

Y como el partido liberal no es un simple dato histórico sino una realidad política, un partido actual y actuante en Colombia, el remate viene por sí solo, con su tremenda carga polémica: el partido liberal asesinó a Sucre. Esta es no exactamente la significación como la derivación histórica de la muerte del mariscal Sucre. En cuanto a la significación propiamente histórica, si es que ambas cosas pudiesen separarse, el asunto se complica, en gran parte por todas las consideraciones anteriores. Se complica por el tratamiento sociorreligioso que se le ha dado y se pretende dar todavía al proceso.

El fracaso que los libertadores (o mejor dicho, que el Libertador, porque la religión patriótica es, en Venezuela, sumisamente monoteísta) veían venir al final a sus vidas como culminación de sus esfuerzos sobrehumanos, se inscribía dentro de la tradición de una cultura que nace crucificando a su Dios.

El parricidio, el fratricidio, es así un crimen imperdonable: si existe una cultura donde ese crimen es permitido, esa cultura está definitivamente condenada. Pero no se trata de que sea un crimen imperdonable, sino que es sobre todo un crimen incomprensible. Dentro de aquella óptica que asimila la historia del hombre a la historia sagrada, el crimen cometido en la persona del mariscal Sucre significa la condenación eterna de sus autores, y de sus hijos, y de los hijos de sus hijos hasta la consumación de los siglos.

Planteadas así las cosas, se nos hace imposible comprender que, con todo lo horrible que ella haya podido ser, la muerte del mariscal Sucre se inscribe en una lógica del poder que si bien no la banaliza, la hace más comprensible. Hay presentes en ellas varios elementos ineludibles, pero ocultos por la pasión patriótica y heroica.

La primera es que ella muestra que el carácter de guerra civil que tuvieron las guerras de independencia americanas, como definió a la

venezolana Laureano Vallenilla Lanz en su célebre conferencia de 1911³⁰, no fue algo peculiar a este país. En las luchas posteriores a Ayacucho, la gente seguía matándose en la misma forma en que lo hacía antes de que fueran vencidas las tropas de la Corona española, enarbolando las mismas banderas y gritando las mismas consignas, cambiando apenas los nombres de quienes las enarbolaban. Ello sitúa todo el proceso independentista en primer lugar, en el contexto en que toda guerra se ubica: el de una lucha por el poder.

Esa lucha por el poder tiene diversas implicaciones, objetivos e ideales. Ellos pueden ser no sólo sinceros sino reales, pero el objetivo de toda la lucha política no es menos el mismo. Si bien las mentes más lúcidas y mejor amuebladas pueden vestir todo eso de un ideal que lo trasciende, en el fondo continúa existiendo esa realidad primera. Y para las mentes más primitivas, que en toda confrontación guerrera son la inmensa mayoría, no suele haber matices: el poder es siempre el mismo, y por lo tanto el combate por él, y sus métodos. La muerte de Sucre en Berruecos es así igual que si hubiese triunfado el primer intento, el de Olañeta: una continuación de la guerra, con otros objetivos y con los mismos medios.

Si resulta insoportable que un fratricidio pueda asimilarse a otro crimen cualquiera, digámoslo entonces de otra manera: en los dos casos se trataba de un fratricidio, de una guerra civil. Por otra parte, se trata siempre de comparar desfavorablemente la generación de los caudillos libertadores con la de los caudillos posteriores a la independencia. En verdad, son los mismos y a veces exactamente la misma persona.

Eso es también más que normal en toda guerra: ¿de dónde surgieron todos los movimientos que entre las dos guerras mundiales formaron entre otras cosas los movimientos militaristas y fascistas?. La gente que venía del frente, y que no sabía otra cosa que guerrear, pues quiso seguir haciéndolo en la vida civil. Otro tanto sucedió al final de una guerra como la de independencia, tan larga, extenuante y sobre todo, con una sociedad que salía de ella completamente desorganizada, acostumbrada a la ley del más fuerte que es la primera y casi única de toda guerra.

Hasta aquí, la asimilación de la historia de la Biblia, la sacralización de la historia y de sus actores, de sus agentes sociales e individuales. Pero ahora viene el otro aspecto que, como se decía al inicio, se sitúa en el extremo opuesto de aquella, pero siempre con el mismo origen y sobre

30. Vallenilla Sanz: *Cesarismo democrático*, Caracas: Monte Avila, 1990, pp. 39-70.

todo con el mismo fin: esta vez no se alza al Gran Mariscal al Olimpo, sino que se le disminuye hasta convertirlo apenas en el pálido reflejo de una gloria ajena, y la más brillante de todas: la del Libertador Simón Bolívar.

Como se dijo en la primera parte, esa disminución comienza apenas el mariscal se encumbra, y son sus propios paisanos, los generales orientales, con Bermúdez a la cabeza, quienes comienzan ese proceso de igualación por abajo, quienes buscan aserrar las patas de la silla donde se asienta su gloria.

Esa gente no puede ver con buenos ojos la fidelidad hacia Bolívar de un Sucre que, mientras estuvo bajo su mando, no mostró unas cualidades militares que lo distinguiesen de los otros oficiales, cuyos galones habían ganado chorreando sangre, sudor y lágrimas propios y ajenos. Sucre no se comporta como un oriental: se opone a las decisiones y acaso a la convocatoria de esa reunión de Cariaco que la historiografía bolivariana presentará después como "Congresillo". Y apenas siente fuertes sus alas para volar a solas, busca ponerse directamente bajo el comando de Bolívar, o sea, alejarse de la imperiosa rectoría de Mariño y Bermúdez. Aquí, por angelizar demasiado al Mariscal, sus hagiografías han contribuido a enterrarlo bajo glorias ajenas. Es normal, y para nada ilícito, que el futuro Mariscal buscase la cercanía del más prestigioso de los dirigentes del proceso emancipador, porque allí podía, si no brillar con luz propia, al menos reflejar la más brillante.

Dicho de otra manera, que al acercarse al Libertador de esa manera, anduviese Sucre buscando una gloria propia que el peso y sobre todo el localismo de los jefes orientales mostraba más lejana. En pocas palabras, que fuese la ambición lo que moviese al futuro Mariscal. En una situación de guerra, la ambición de gloria no es para nada ilícita, incluso desde el punto de vista ético. Pero el arcángel Sucre, como el dios Bolívar, no podía tener vicio alguno, y la ambición es uno.

El Libertador acoge con agrado, aunque no siempre sin reticencias (a veces tarda en reconocer un ascenso) el apoyo del joven soldado. Después de Ayacucho (incluso antes), nadie puede dudar que esa preferencia tenga otro origen que las capacidades militares de Sucre.

Pero hay demasiadas coincidencias entre las biografías de ambos próceres como para que no se perciba, si no se sospeche, que la preferencia del jefe por su subalterno era menos cosa del Libertador que de Simón Bolívar. La escasa diferencia de edad, doce años, hacen imposible que, ni aún en aquellos momentos, pueda Bolívar ver en Sucre el hijo que no tuvo. Pero de todas formas, el acomodado joven cumanés se

parece demasiado al joven mantuano caraqueño: el hijo de Vicente Sucre al hijo de Vicente Bolívar; el huérfano Antonio José al huérfano Simón José Antonio; y acaso el tío presbítero, Alcalá, pudiera haber sido, si no el Robinson o el Andrés Bello, por lo menos el Ustáriz del Mariscal.

La actitud de éste hacia el Libertador es la misma que todos los que, en un momento u otro caen bajo su influjo. Hasta un José Antonio Páez que tiene su propia fuerza y, podría decirse, se ha fabricado como pocos su propia gloria, hasta ese Páez a quien el Libertador trata como su igual, siente el habitual deslumbramiento.

Pero en Sucre es más evidente, es más apasionado, porque su juventud así lo manda, o porque durante demasiado tiempo sus propias hazañas pudieron haber sido percibidas como las de un subalterno sin demasiados méritos propios. Para remate, el Libertador va a fabricar con sus propias manos la vasija que contendrá la gloria de Sucre, o para ser menos grandilocuentes, la forma que deberá tomar la biografía del Gran Mariscal³¹.

En adelante, la religión patriótica no se atreverá a desviarse de la palabra revelada: Sucre será lo que es ahora, no porque su propia vida lo imponga sino porque el Libertador lo dijo. Ese es por cierto, el mejor homenaje que alguien podía recibir en aquel momento, en plena gloria del Libertador; y es seguramente, el mayor que el propio Sucre pudo ambicionar.

Pero como suele suceder, su peso terminará aplastándolo, hundiéndolo bajo esas piedras que, al inicio, todo el mundo, y el propio Sucre, no veían sino como gemas preciosas. Esa gloria en vida llevará en germen su pena futura: Sucre no será jamás Sucre, sino un reflejo de la luz bolivariana. No se crea que la comparación es nuestra: ha sido expresada, letra más letra menos, por quienes al hacerlo creen exaltarlo. Bolívar, dice alguno de ellos (que no vale la pena citar, tanto se han repetido iguales o parecidas frases), es el sol de Colombia; Sucre puede ser muy grande, pero no pasa de ser el gigante de los Andes.

Igual cosa sucede con los otros próceres. Pero por mucho que Páez lo busque, en su vida real como en su autobiografía, tanto el tratamiento que aquel le dispensa, hasta, paradójicamente, el criticadísimo hecho de la secesión, hacen que Páez se le separe, pueda ser Páez y no, como él mismo acaso hubiese querido, el "segundo Bolívar".

31. Bolívar, Simón: *Resumen sucinto de la vida del general Sucre*, Lima: Imprenta del Estado, 1825.

Y en cuanto a Mariño, al historiarlo, Parra Pérez debe defenderse de estar escribiendo una historia "amariñada"³²: lo cual es un reconocimiento tácito de que el prócer oriental daba tanto para eso.

Sucre no les iba a la zaga: no era un simple reflejo del genio guerrero del Libertador, sino que a él se le deben, aparte de sus glorias militares, el haber tomado por su cuenta, y sin que el Libertador lo autorizase previamente, decisiones históricas tan importantes como la organización del Alto Perú en una república independiente que más tarde tomará el nombre de Bolivia³³.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Al analizar "las tres muertes" del Gran Mariscal de Ayacucho, de todas las conclusiones posibles se pueden decir de entrada dos cosas: la primera, que están tan estrechamente ligadas entre sí, que no se lograría entender ni el suceso ni el proceso si se las toma separadamente. La segunda, que sólo tiene sentido escribir acerca de ellas porque de alguna manera, se proyectan sobre nuestra realidad presente.

Un primer grupo de conclusiones remite al carácter de nuestra guerra de independencia. Laureano Vallenilla Lanz, con el escándalo de la historiografía patriótica y hagiográfica, lo dijo ya a principios de siglo: la guerra de independencia venezolana fue una guerra civil. Lo que habría que agregar a eso (que ya nadie niega en Venezuela) es que tal vez la misma cosa, con sus variantes de rigor, puede decirse del resto de los países hispanoamericanos.

Ese carácter de guerra civil hizo que, en Venezuela en particular, esa guerra fuese particularmente sangrienta. Las guerras civiles suelen serlo siempre: no creemos que sea necesario demostrar esto en España. Pero a propósito de la guerra civil española, no es demasiado aventurado decir que ésta reprodujo, muy cercanamente, la que un siglo antes se había producido en América, especialmente en Venezuela: es que la imbricación de la conciencia monárquica con la conciencia cristiana católica hizo que la lucha contra la república se transformará menos en una lucha por el Rey que en una lucha por Dios.

32. Parra Pérez: *Mariño y la independencia de Venezuela*, Madrid: Instituto de Cultura Hispánica, 1955.

33. Todos los documentos de ese importante proceso en los ya citados dos tomos compilados por Vicente Lecuma, *Documentos referentes a la creación de Bolivia*.

A esto se unió otro elemento, la guerra social. Y aquí se sitúa lo que hemos llamado la "muerte social" del Mariscal Sucre. Los miembros de la oligarquía municipal que comandaron el despegue de la emancipación, en Venezuela lo pagaron más caro que en ninguna otra parte: con su desaparición. No se trató, como en otros países donde se han producido revoluciones sociales, de su desaparición como clase, sino de algo mucho más terrible y definitivo: su muerte física.

Eso nos lleva a la segunda conclusión. Con aquella clase, también desaparecen los controles sociales y, muerte de republicanos y monárquicos, o muerte de republicanos y republicanos, a partir de cierto peldaño de la escala social no se nota la diferencia. Y si esos "peldaños" no existían, o casi, el empleo de todas las armas para combatir al viejo amigo vuelto por el poder un enemigo, se ve como algo de todos los días.

Por eso, la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho pudo dolerle a algunos, alegrar a otros, pero sería sencillamente mentiroso pretender que fuese sorpresiva, mucho menos inusual una vez culminada la guerra de independencia. El orden monárquico español, si no se le quiere llamar estado y colonial, tardó tres siglos en asentarse. Al producirse la ruptura, ella liberó demasiadas tensiones y por eso, la lucha, en casi toda Hispanoamérica, se prolongó a lo largo del siglo XIX, en una inacabable guerra civil, mientras la sociedad volvía a encontrar su punto de equilibrio y comenzaban a formarse los estados nacionales.

¿Puede hoy decirse que ese proceso haya concluido? Si eso fuese así, no tendría todavía una carga polémica tan grande la guerra de independencia. Se hubiera podido llegar ya a un análisis más sereno, desapasionado, de aquella guerra y de aquellos hombres.

Pero no: se les extrae de la tumba, se les mezcla en nuestras peleas actuales, cotidianas, buscando en ellos una legitimación que evada las formas más modernas de hacerlo, puesto que no puede invocar al rey y muy poco a Dios. En síntesis, que el tratamiento de la biografía del Mariscal de Ayacucho, como por lo demás la historiografía tradicional sobre la guerra de independencia, no siempre tiene mucho que ver con la realidad, así que se empeñen los más serios de sus cultores en evitar la falsificación. Es que así no se está escribiendo la historia de Venezuela, sino poniéndole ropaje laico -y, ¡como no!, militar- a la historia sagrada.

En ella no se pasean hombres que reaccionan ante situaciones concretas, sino un solo dios verdadero y cortejo de ángeles, enfrentados a la "legión infernal" de los "españoles" (aunque nunca haya habido mucho más de un centenar de peninsulares entre los seguidores de Boves) y a algunos infieles colados quién sabe como en las filas celestiales, o de malos hijos que llevan sobre sus cabezas el estigma del parricidio.

Que eso haya servido para ocultar la verdadera figura de Sucre, sus innegables méritos propios, ya es bastante malo, pero podría no ser más que una querrela de especialistas, entre partidarios de una historia sagrada y partidarios de otra más bien laica y terrena. Pero es que eso tiene un correlato en nuestro presente. Al presentar a Simón Bolívar con esas características divinas, y a los otros personajes de la historia venezolana (de su época, pero también de las posteriores) como ángeles o diablos cuya cualidad de tales las decide la voluntad del Libertador, se pasa a buscar en ella la unción legitimadora de toda acción política y de todo gobierno posible. Basta cubrirlos con la palabra del Libertador, revelada a quienes la escucharon a solas en la oscuridad del Panteón: contra eso no vale ninguna consulta popular, ni ninguna pretensión de racionalidad política.